

Nº 196 (10/10/1931)

Estampa

Cómo nacieron los partidos que han hecho la Revolución

AQUELLA angustiosa mañana del 3 de enero de 1874, cuando los diputados de la República española, después de haber velado toda la noche a la cabecera del régimen moribundo, recibieron, en plena Asamblea, la inesperada visita del capitán general de Castilla la Nueva que, sable en mano, les invitaba a disolverse no ya sólo la República, sino también el republicanismo español recibía un golpe de muerte. Sobre los republicanos españoles caía, además de la censura de no haber sabido ponerse de acuerdo para conducir la República, el "haldón" de haber sido vencidos por la fuerza.

Pocos meses más tarde, al llegar a Madrid la noticia de que el general Martínez Campos se había pronunciado, en Sagunto, a favor de la Monarquía del hijo de Isabel II, los republicanos se ponían en salvo, para esquivar las represalias de la Restauración. ¡Su causa estaba definitivamente perdida! La breve esperanza, alimentada once años después, cuando Alfonso XII moría en el palacio de El Pardo, se desvaneció el 17 de mayo de 1886, cuando la reina viuda daba a luz un hijo varón. El fracasado intento de Villacampa, en septiembre del mismo año, convenía a todos de la inutilidad de sus esfuerzos. ¡El pueblo ingenuo ponía entonces todas sus ilusiones en el niño recién nacido en el palacio de Oriente.

EL NACIMIENTO DEL PARTIDO SOCIALISTA ESPAÑOL

El republicanismo español se alejaba de la clase media, que le había sustentado, y que ahora empezaba a suborarse la tranquilidad que les iba ofreciendo el nuevo régimen con la paz material en las ciudades y la paz interior en los espíritus, conseguida la una con la unión del ejército, y la otra, con el disfrute de los empleos del Estado y el turno pacífico de los partidos.

Pero el republicanismo iba prendiendo, en cambio, en las clases populares, unido a las reivindicaciones obreras, que se propagaban de una manera muy rápida por Europa.

Un joven tipógrafo, de treinta y cinco años, inteligente y enérgico—que desde los veinte estaba afiliado a la Federación Madrileña de la Asociación Internacional de los Trabajadores—, era el alma de aquel movimiento.

Se llamaba Pablo Iglesias, y, a su alrededor, se agrupaban

unos cuantos hombres, como él, estudiosos y decididos.

El nuevo movimiento no era grato ni a la Monarquía—por lo que tenía de republicano—ni a la burguesía—por lo que tenía de obrerista—. En las propias clases obreras encontraba serios obstáculos para desarrollarse, porque tropezaba con el sentido tradicional de las relaciones de trabajo.

Pero Pablo Iglesias y sus amigos no desmayaban. Organizaban mítines y sociedades, sufrían persecuciones y encarcelamientos... y, poco a poco, el Partido socialista llegó a ser algo más que un grupito de hombres esforzados. Su jefe lograba una investidura parlamentaria en las Cortes del régimen monárquico, y, años más tarde—en agosto de 1907—, las sociedades obreras republicano-socialistas adquirían su palacio en una calle madrileña: la Casa del Pueblo.

EL "EMPERADOR DEL PARALELO"

Años antes, una gran figura del republicanismo español—don Nicolás Salmerón—había logrado reunir a su alrededor algunas de las fuerzas republicanas dispersas. Las catástrofes del régimen monárquico—sobre todo la pérdida de las colonias el 98—habían conmovido el corazón de muchos españoles que volvían de nuevo sus ojos hacia la República. Pero los hombres del año 74—por mucha que fuera la gloria de su nombre y la aureola de su integridad política—habían quedado impotentes para la lucha. Era precisa una nueva inyección de republicanismo

para levantar el desuido espíritu de las masas.

En febrero del año 1906, un hombre se separaba del caudillaje de Salmerón, y, en un violento discurso, acusaba a su jefe de "ponerse al lado de los que siempre habían atentado a la libertad de España". Era la época del asalto a la redacción de "Cu-Cu", en Barcelona, y de la campaña en pro de la ley de Jurisdicciones. Este hombre, batallador y pasional, que arrebató a las masas con sus arengas oratorias y que tenía una irresistible fuerza sugestiva en su mirada, se llamaba Alejandro Lerroux.

El nombre que daba a su partido—restaurando la vieja denominación—era un nombre de batalla, de lucha constante: "Partido radical". Su primer acto público—que fué el famoso mitin de Torrelavega—tuvo enorme resonancia y conquistó numerosos adeptos. El 23 de noviembre de 1906—la separación de Salmerón había sido el mes de febrero del mismo año—tenía 16.000 afiliados.

En el ardor de la lucha electoral, Lerroux queda sin acta en las elecciones; pero gana una condena por delito de imprenta que le obliga a marchar a América. En su ausencia, se produce el intento revolucionario de 1909, que tuvo su culminación en Barcelona, y, en el cual, los radicales intervienen activamente. Pero ya su jefe había conseguido conquistar, en unión de Sol y Ortega y de Hermenegildo Giner de los Ríos, un puesto en el Parlamento, por Barcelona. Desde entonces, el Partido radical adquiere gran preponderancia en la capital catalana. Lerroux, perseguido por la justicia oficial y por las venganzas de los enemigos políticos, agita a España y despierta el sentimiento republicano durante muchos años...

LAS "NOVENAS" ORIGINARIAS DE ACCIÓN REPUBLICANA

Año 1924. El general Primo de Rivera es dueño absoluto de los resortes del Gobierno. La Prensa enmudece ante la fatalidad del lápiz rojo, que pasa sobre las galeradas que los periódicos envían a la censura gubernativa. No se puede criticar al Gobierno, ni gastar las bromas más inocentes a las personas que le forman, ni dar cuenta de la marcha de los acontecimientos políticos, ni protestar contra los atropellos del Poder público...

Hay un centro en España que ha gozado tradicionalmente de la libertad de su cátedra, aun en los tiempos de la más furiosa tiranía política: el Ateneo de Madrid. Allí se refugia el sentimiento de protesta con-



Pablo Iglesias, durante una de las propagandas electorales de la Conjunción republicano-socialista, a principios de siglo. (Foto facilitada por nuestro colega "El Socialista".)